
Revista Iberoamericana, Vol. LXIX, Núm. 203, Abril-Junio 2003, 355-360

EMBAJADAS DE LA FUGA Y PENSADORES ACADÉMICOS

POR

ROMÁN DE LA CAMPA
SUNY, Stony Brook

La crisis del poder disciplinario, como todas las crisis, ya corre el riesgo de ser normalizada por un saber plenamente docto en la poética de resquicios e intersticios. Pero si se pudiera rescatar un momento incipiente de gravedad en ese relato, podría decirse que la década de los ochenta, desde su inicio, exhibía síntomas notables. La publicación del libro *The Political Unconscious* de Fredric Jameson en 1981, por ejemplo, auguraba muchas cosas. Marcaba un esfuerzo tenaz de acoplar ciertos elementos de la desconstrucción literaria y el marxismo, al igual que el preludio de una relación incierta —digamos tensa pero irresistible— entre los estudios literarios y la cultura del capitalismo global. Concluía entonces la fase estrictamente crítico-literaria de este importante pensador norteamericano, y se advertía el comienzo de una obra eventualmente consagrada al estudio de la cultura posmoderna, aunque nunca demasiado lejos de la historicidad intrínseca a la poética marxista y al horizonte general de la estética.

Se podría afirmar, no obstante, que los ochenta presentían no tanto un aviso del gran desenlace histórico-político que nadie supo entrever, como una intuición propiamente formal de ese devenir. El quiebre de las disciplinas del saber auguraba un quebramiento más fundamental aún: el derrumbe de la polaridad que sostenía la guerra fría y la cómoda doctrina de modelos opuestos de modernización, dando paso a la inmanencia global subsiguiente. El vasto reclamo conceptual de esa nueva lógica de producción —deseos, consumo, imaginarios— quedaba implícito no sólo en la obra de Jameson, sino en todo el pensamiento pos-estructural. No exigía tanto un abandono de los estudios literarios como un registro muy particular del estado del flujo en el saber humanístico que desemboca en lo que podría llamarse “política sin *telos*”, es decir, una fugacidad que guiaba la crisis disciplinaria del entorno global hacia la re-territorialización del capital simbólico.

La apuesta de Jameson todavía se fundamentaba exclusivamente en la literatura, pero intuía cautelosamente las repercusiones de la inmanencia, lo que él llamaba la “lógica cultural del capitalismo tardío” (1991¹). Aproximaba así dos gestiones aparentemente opuestas: el interés usual de la poética marxista por el horizonte histórico de significados finales —una totalidad ahora provista directa y triunfalmente por la cultura global— y la

¹ Ver en particular el primer capítulo, publicado inicialmente en 1984.

posibilidad de diagnosticar a partir del rastreo de hechuras verbales que venía gestándose entre los estudios literarios y la epistemología. Se manifestaba de tal modo un registro temprano de la tensión entre literatura, cultura y teoría posmoderna: el texto de la desconstrucción ya no era sólo literatura, no podía serlo, aun si para Jameson —entre muchos otros pensadores— las mejores formas de acercarse a éste siempre vendrían de ella, no obstante las fugas que debiera absorber.

La estética siempre ha calculado que el buen lector iba mas allá de los grandes textos, aunque su aprendizaje y zona preferencial de lectura —digamos su cultura— quedaban demarcados intrínsecamente por el canon, tanto del arte como de la literatura. La obra de Jameson prometía y sugería nuevas pautas precisamente porque circundaba los límites contemporáneos de esa definición, pero el roce del legado saussurreano con la epistemología posmoderna conllevaba un desafío mayor. La fuerza de esa indagación condujo a perfilar más la participación de la literatura entre los discursos que estetizaban la nación, algo que Jameson quiso hacer desde la propia literatura, aun la del “tercer mundo”. Pero el sondeo de esa estructura fundamental —sus anclajes verbales, sociales y sexuales— también invitaba a pensar un orden pos-literario de la escritura anteriormente demarcada por esa categoría. Como todo proceso de-significatorio, se trataba de una búsqueda de aperturas conceptuales más que de una afirmación antitética o dialéctica, en cierto modo análoga a pensar sobre el orden pos-nacional del mundo sin abandonar el pasaporte necesario para viajar de un país a otro.

El rumbo “pos-literario” atravesaba el legado textual durante los ochenta, aunque su trasfondo “pos-nacional” no se haría más palpable hasta un poco después. El testimonio latinoamericano, por ejemplo, generó lecturas que abordaban esa lógica, aun cuando se articulaba, a veces, como un descarte ansioso de todo el orden literario anterior —una aversión que luego se confirma en el poscolonialismo y la subalternidad, no obstante la diversidad de énfasis correspondiente a cada uno de estos presupuestos. Por otra parte, se encauzaban nuevos acercamientos a los estudios culturales, entre ellos el influyente pensamiento feminista —Kristeva, Cixous, Irigaray, de Lauretis, por ejemplo—. Se diseminaba de tal modo la confección disciplinaria del pensamiento, la literatura y el arte, que se exigió un reajuste imprevisto para el engranaje académico de las universidades norteamericanas, incluyendo, por supuesto, los departamentos de estudios literarios. No se trataba, como en América Latina, de un quehacer fundamentado inicialmente en las ciencias sociales dedicadas a la cultura —aunque hubo momentos inspirados por Pierce, Searle, Austin y otros filósofos del lenguaje²—, sino de una fuga más intensa del objeto de estudio literario gestada desde su propia interioridad, tanto teórica como institucional.

Esta vuelta hacia la cultura brotaba de la propia vanguardia crítico-literaria, cuyas posibilidades de articulación ya no quedaban tan sujetas a los estudios literarios, y menos al contorno nacional que usualmente conserva ese estatuto disciplinario. Recogía algo de la tradición británica de Birmingham —nombre e historial interdisciplinario— pero respondía aún más a las exigencias de producción simbólica del capitalismo global, el cual se hizo sentir con gran ahínco en el aparato universitario durante los noventa. Era una

² Es interesante notar la poca duración de la teoría de los “speech acts” en la crítica literaria latinoamericana.

amenaza al igual que una respuesta, y para algunos una oportunidad también, sobre todo si se piensa que el entorno pos-literario autorizaba un ámbito más abarcador para la desconstrucción y sus discursos derivados de los estudios literarios. Nelly Richard (1976), por ejemplo, entreveía en este momento un acercamiento más crítico a la cultura latinoamericana, que permitía dirigir la mirada desconstruccionista —lo que ella llama “escena verbal”— hacia las artes, al igual que hacia las propuestas feministas y el discurso dictatorial, entre otros impulsos.

Todo ello soterraba un juego de amenazas, pero también de promesas para América Latina, donde persistían coordenadas ya conocidas: la literatura bajo el peso absoluto de la nación, la cultura como una provincia casi exclusiva de las ciencias sociales, la función de la crítica mucho menos institucionalizada, y el entorno posmoderno más político que conceptual. Desde allí, la fugacidad teórica de este momento era a veces rechazada sin más, o vista como una imposición metropolitana, aunque también insinuaba estímulos inesperados, entre ellos un rastreo más incisivo del encierro nacional y las premisas genéricas de las tradiciones hermenéuticas —tanto literarias como sexuales— al igual que una puesta en escena más intrínseca —desde el quiebre del saber— de la profunda crisis política de la nación. Por otra parte, la fuga conceptual abría la posibilidad de un diálogo más nutrido y potencialmente más crítico con la crítica latinoamericana de Estados Unidos, un aspecto que sólo cobra sentido a partir de las tensiones fundamentales de la inmanencia global.

Se sabe que América Latina nunca ha contado con un aparato institucional de estudios literarios remotamente parecido al de Estados Unidos, aunque no se debe descontar la relativa estabilidad del intelectual académico de algunos países durante varias etapas del siglo xx —Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, México, Venezuela y Cuba, por ejemplo—. No hay duda, sin embargo, que las posibilidades de investigación y estudio avanzado en América Latina se han contraído significativamente en las últimas décadas, lo cual ha coincidido con el surgimiento de todo un *boom* teórico articulado desde Estados Unidos, digamos un eje de producción y codificación de valores latinoamericanos que no es reducible a un simple esquema de centro-periferia, pero tampoco fácilmente descartable.

La gran diferencia entre estas economías de producción simbólica sobre América Latina exige atención, pero no debe quedar sujeta únicamente a un cálculo cuantitativo de ventajas y desventajas, o a una nostalgia patriótica en torno al acá o al allá. Quizá permita consideraciones menos obvias, digamos una conjetura de incertidumbres y contradicciones compartidas por ambos lados de modos diferentes, entre ellas el impacto del quiebre en el saber disciplinario y su correspondiente re-territorialización. A juzgar por el número de poetas, narradores y dramaturgos —mujeres y hombres de todas las edades— la literatura latinoamericana sostenía una gran vitalidad durante los noventa, aún si su estatuto académico se había dado a la fuga. Las editoriales nacionales lo atestiguan, al igual que todo un nuevo corpus manifestado por la red informática, incluso si esta literatura no encaja fácilmente en la lectura profesionalizada de la academia norteamericana.

Por otra parte, esta coyuntura cobraba otro relieve desde Estados Unidos durante los ochenta: se expandía el estudio del lenguaje y la literatura hispánica por todo el país norteamericano, al igual que su correspondiente mercado de becas y puestos académicos; crecía la migración de intelectuales latinoamericanos y la influencia de la televisión latina;

y se instauraba el giro hacia los estudios culturales. Ya en los noventa, pensar América Latina desde los Estados Unidos exigía acercarse a una cultura de extraordinaria fluidez migratoria, conceptual y artística que tocaba la puerta de lo académico y dejaba en suspenso la pertinencia implícita de las formas de producir discursos especializados. La disgregación adquiría un sentido inédito, exigía aproximar el archivo bibliográfico al yo y su vivencia. Todo ello sacudió significativamente el aparato universitario norteamericano, un sistema inicialmente organizado para contemplar la cultura desde embajadas departamentales dedicadas exclusivamente al arte o la literatura.

Los departamentos a cargo del idioma español y sus literaturas, una suerte de patria no tan chica para el pensador académico, comenzaron a repensar y reajustar sus modos de enlace en la universidad norteamericana durante los noventa, tanto por la fuga disciplinaria como por la nueva dimensión del entorno cultural latinoamericano (y eventualmente el español). Las diásporas de intelectuales latinoamericanos, junto a la población de 35 millones de personas de procedencia latina ya presentes en el país, configuraron todo un mercado de estudiantes (y clientes), desde estudios básicos hasta el posgrado; al igual que una nueva industria del idioma español, cuya expansión provenía en buena parte de las necesidades norteamericanas. Eran nuevas comunidades discursivas que los viejos departamentos de idiomas no podían contener ni atender desde los esquemas normativos de antaño.³

La incontrolable multiplicidad del objeto de estudio y de sujetos dedicados al mismo (estudiantes y profesores) reclamaba la urgencia de otra forma de pensar sobre América Latina. Se hizo patente una relación de ensamblaje conceptual distinta, un nuevo registro de cómo la inmanencia mudaba el mercado de capital simbólico en Estados Unidos justo en el momento en que se intensificaba la crisis de las academias nacionales latinoamericanas y se extenuaba allí —y en todas partes— el pensamiento de izquierda. Se izó entonces, casi por fuerza propia, la bandera de la “ingobernabilidad”, cuya cartografía remitía fundamentalmente —muchos dirían solamente— a la de-significación del entorno nacional.

Para muchos ésta fue la promesa de los estudios culturales, pero importa igualmente abordar las dudas sobre este proyecto, si no las que ya existían en los noventa, al menos las actuales. El entusiasmo inicial de Nelly Richard, por ejemplo, devino en duda en menos de cinco años. Ya para el 2000 declaraba lo siguiente: “Se ha consagrado una industria del *paper* que deja obviamente fuera de sus trámites competentes, todo lo ligado a aquellas problemáticas formales y discursivas de una *práctica del texto* que caracterizaban antes a la formación humanística. Al sólo perseguir la manipulabilidad del sentido con vocabularios desapasionados, los estudios culturales han dejado de prestar atención a los *descalces de sentido y juegos en la escritura* que convocaban la palabra ‘teoría’” (846, la cursiva proviene del texto original).

Nótese que la inquietud fundamental de esta cita se refiere al futuro de la teoría contemporánea, pero también permite entrever cierta nostalgia por el espacio formativo que antes ocupaba la literatura, no tanto en pos de un retorno a la estética humanística sino a un momento todavía reciente pero anterior de la teoría posmoderna. En todo caso, aquí

³ Parece obvio que el entorno publicitario, político y comercial norteamericano intuyó esta nueva coyuntura mucho antes que el académico.

se desprende una duda sobre la duda: ¿cómo restituir aquellos hábitos de lectura literaria en nombre de la teoría, sin replantear el estatuto de ambas? El acervo destructor quiso difundirse más allá de la alta cultura, suscitando la posibilidad de un tipo de intelectual académico listo para desmontar el poder discursivo en todos los terrenos de la cultura, incluyendo la política. Pero algo se pierde en el camino. Lo que primero parecía una liberación teórica, ahora confirma una amenaza para la teoría ¿Cómo explicar este ciclo tan súbito y completo?

Suele pensarse, o decirse, que todo se debe a la vulgarización de la cultura de masas, al abandono de la gran literatura o a la falta de más teoría, pero importa resistir simplificaciones. Vale repetir que un aspecto considerable del quiebre disciplinario procedía precisamente de la vanguardia teórica inspirada por los estudios literarios desde los sesenta hasta los ochenta, pero esa radicalidad en potencia se desvía, queda sumida, por la propia cultura global, la cual ya se muestra capaz de absorber el entorno conceptual de la diferencia, promover el multiculturalismo, nutrir la posmodernidad, compaginar el horizonte poscolonial y convivir armónicamente con la hipóstasis subalterna. No sólo se merma el foco de acción asignado al intelectual posmoderno, sino que la propia universidad comienza a exhibir de pronto síntomas de anacronismo.

Podría decirse que la vanguardia teórica presente en este momento que los estudios culturales —u otras articulaciones paralelas— se acercan demasiado a la cultura tecno-mediática, que ese nuevo intelectual académico se convierte en una suerte de funcionario comercial del nuevo capital simbólico, y que la radicalidad de-significatoria que venía gestándose por varias décadas corre el riesgo de asfixiarse. ¿Pero qué implica esto? Para algunos sólo queda el recurso del retorno, ya sea a la literatura, al arte o a la crítica previa a este momento; para otros el momento exige radicalizar más la teoría, sacándole más filos a su poder de rastreo verbal. Pero quizá estas diversas réplicas encubran una profunda similitud: la dificultad de pensar una teoría contra-hegemónica desde la interioridad del capitalismo global, o la frustración de sentirse sumido por esa fuerza. El rejuego incierto entre filosofía y literatura que venía gestándose desde los sesenta llegó a convertirse en un paradigma teórico, digamos un nódulo de interioridades conflictivas que permitían y prometían auscultar y desconstruir el mundo-texto permanentemente. Esta ha sido una labor imprescindible según Hardt y Negri (2000), aun si ahora queda manifiesto el lindero de su alcance.

¿Sería posible, se preguntan estos autores, acercarse al lado constitutivo de la inmanencia sin abandonar el destructivo; seguir auscultando la interioridad conflictiva y concebir al mismo tiempo una dimensión más productiva del conocimiento; tomar conciencia de la inevitable participación de la actividad humana en el imperio capital para orientar posibilidades tanto como imposibilidades? Esto implicaría, claro está, acercamientos más diferenciados al pasado también, si acaso menos cargados de culpas totalizantes y encierres preconcebidos de las aporías de la historia moderna y su literatura, por ejemplo; ni tampoco abandonar los estudios culturales porque se acercaron demasiado a la cultura del mercado, o a la televisión, o a la misma cultura de la calle. A juzgar por el interés apasionado de las nuevas generaciones, los flujos y conductos entre cultura y conocimiento debieran prometer algo más que un error. Quizá escondan un reto imprevisto

por las vanguardias letradas de la posmodernidad, digamos la posibilidad de una entrada más constitutiva para pensar la inmanencia.

En una reflexión reciente sobre los estudios literarios del sureste de Asia, Masao Miyoshi (2001) concluye que el momento actual no sólo debiera convidar al desmonte del nacionalismo, del pensamiento étnico o del propio humanismo, sino también a la construcción de metas comunes y nuevos imaginarios, de los cuales el más urgente podría ser una ciudadanía planetaria. Añade que esta meta exigirá una orientación radicalmente interdisciplinaria, una reorganización de las posibilidades del orden global para hacerlo menos exclusivista y más consciente del medio ambiente. Todo ello, asegura, será un gran reto para los estudios humanísticos, no sólo los más adheridos a las tradiciones artísticas, sino también aquellos que laboran, complacidos, en los quiebres y resquicios del saber.

BIBLIOGRAFÍA

- Hardt, Michael y Antonio Negri. *Empire*. Cambridge: Harvard University Press, 2000.
- Jameson, Fredric. *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*. Ithaca-London: Cornell University Press-Methuen, 1981.
- _____. *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press, 1991.
- Miyoshi, Masao. "Turn to the Planet: Literature, Diversity, and Totality". *Comparative Literature* 53/4 (2001): 283-97.
- Richard, Nelly. "Un debate latinoamericano sobre práctica intelectual y discurso crítico". *Revista Iberoamericana* LXVI/193 (2000): 841-50.
- _____. "Signos culturales y mediaciones académicas". *Cultura y Tercer Mundo. 1. Cambios en el saber académico*. Beatriz González Stephan ed., Caracas: Nueva Sociedad, 1996. 1-22.